

NOTA EDITORIAL

En las Elecciones Generales del 20 de noviembre los españoles han dado una victoria rotunda al Partido Popular. Una victoria de dimensión histórica, por su profundidad y por su amplitud, cuya importancia es aún mayor en términos sistémicos por haberse producido simultáneamente un hundimiento igualmente histórico del Partido Socialista Obrero Español. Tanto lo uno como lo otro, victoria y hundimiento, han tenido carácter general, lo que consolida la impresión de que la densidad nacional del debate político español comienza a ganar terreno frente al localismo exacerbado que hemos padecido durante años. De ahí la naturalidad con la que ha sido celebrada la apelación del presidente Rajoy a recuperar la costumbre del consenso y de los grandes acuerdos entre partidos y de éstos con la propia sociedad, como forma habitual de gestión de los conflictos políticos entre españoles.

Las elecciones han confirmado también un cambio político de fondo en nuestro país, que va mucho más allá de una fecha y de un recuento concretos y que constituye un verdadero inicio de ciclo político probablemente largo. Lo que caracteriza este cambio es la confirmación del Partido Popular como partido indispensable. Un partido cuyo intento de marginación no sólo ha resultado ser tan ridículo como siempre había parecido, sino también mucho más caro en términos electorales para quienes lo han patrocinado de lo que ellos mismos podían sospechar. Ahora, el Partido Popular no sólo es, como siempre, *un* partido indispensable, sino que, si nos atenemos al saldo electoral y a lo que los electores han manifestado con su voto, es *el* partido indispensable. Esto, en un país acostumbrado a escuchar decir que “es” de izquierda, no deja de ser un acontecimiento político de gran importancia.

Un acontecimiento que puede explicarse sin dificultad cuando se responde a estas preguntas: ¿cuál sería el horizonte de España hoy en ausencia

del Partido Popular?, ¿qué esperanza de recuperación podrían tener los españoles? Las respuestas son muy claras: ninguno y ninguna, respectivamente. Se ha pretendido hacer de la exclusión del Partido Popular el núcleo de un programa de gobierno, en un lamentable intento de deslegitimación, pero el resultado es que el PP es hoy el partido sin el que no habría horizonte ni esperanza de recuperación para España.

La claridad del resultado electoral zanja –o debería hacerlo– la ridícula pretensión socialista de diseñar un nuevo régimen a su medida y a la de sus socios minoritarios. Zanja –o debería hacerlo– la posibilidad de volver a plantear seriamente no ya una mutación constitucional sino una verdadera voladura del concepto mismo de Constitución, de su capacidad normativa, para instaurar una “no-Constitución”, un “derecho a decidir” permanentemente disponible para el legislador ordinario, incluso autonómico, destinado a activarse a conveniencia para arrinconar a los millones de españoles que votan al Partido Popular y a muchos más que sin votarlo lo aprecian y lo respetan. La alternancia debe vivirse en España a partir de ahora con la normalidad que con frecuencia ha faltado, con la seguridad de que la disputa política se producirá en el marco delimitado por la Constitución y las leyes, y de que nadie tratará de forzar arteramente esos límites, sino que todos se atenderán a ellos lealmente.

El Partido Popular emerge de las elecciones del 20 de noviembre como la referencia ineludible, como la fuerza política necesaria, como el proyecto indispensable. Pero emerge también como un partido comprometido con un sistema político plural y complejo, con un patrimonio común del que se sabe custodio pero no dueño, con un modo de gobernar radicalmente opuesto al sectarismo y a las pulsiones divisivas que nos han dominado últimamente. Emerge como un partido que entiende lo que es España porque gobierna en toda España, sin que eso le cause malestar ni lo fuerce a contorsiones imposibles; un partido capaz de comprender lo que quieren los españoles, y al que los españoles entienden también en todas partes.

Las elecciones han sido importantes tanto por lo que afirman como por lo que rechazan. Los españoles han rechazado la división, la radicalidad, la puerilidad, la frivolidad, la falta de sentido de la realidad. Han rechazado la ruptura de los consensos, la quiebra de la seguridad jurídica, la pérdida de la

noción de interés nacional, la omnipresencia de los intereses de partido que han ahogado a la sociedad. Han rechazado el ocultamiento, la falsedad y que su país se convirtiera en un terreno en el que exhibir como cuestiones de Estado lo que no pasaban de ser ajustes privados de cuentas.

Por el contrario, los españoles han afirmado en estas elecciones la recuperación de la concordia –que es la virtud que permite vivir juntos a quienes piensan cosas distintas–, la transparencia, la regeneración de la vida social e institucional, la recuperación de los valores esenciales que hacen viable una sociedad realista, justa, solidaria, arraigada y con futuro. Han afirmado la nación, tan variada como se quiera, pero cierta, y una interpretación razonable del modelo territorial. Han afirmado el deseo de revertir el ciclo de competición destructiva entre Comunidades y de iniciar un ciclo de competencia constructiva y enriquecedora. Las Comunidades han de ser vías de entrada al espacio de todos que es España: existen para que ser español sea más fácil, no para otra cosa. Existen para que la sociedad que queremos pueda ser un hecho en todas partes. Porque las competencias no existen para dignificar a quien las ostenta sino para dignificar la vida de los españoles. Esto es lo que se eligió mayoritariamente en las pasadas elecciones autonómicas, y es lo que se ha elegido también en las elecciones del 20 de noviembre.

Este nuevo ciclo político será más provechoso y más estable si el socialismo entiende lo que han significado estas elecciones, si no trata de disfrazar o de excusar su resultado. Cuando la izquierda fuerza a los españoles a elegir entre ella y su propio país pierde, y perderá siempre, pero por el camino se producen daños graves que cuesta mucho esfuerzo reparar. Hacer compatible la lealtad a las siglas del partido y la lealtad al interés nacional de España debiera ser la tarea de un socialismo pendiente de regeneración que una y otra vez ha terminado su experiencia de gobierno forzado a encarar el drama de escoger entre lo que conviene al país o su propio programa. El socialismo ha empleado casi todo su capital político en activar la denominada memoria histórica, en patrocinar una negociación política con ETA cuyos detalles sólo ahora comenzamos a conocer, en impulsar una agenda identitaria, radical y divisiva, en gastar más allá de toda prudencia. Esta actitud excéntrica, imprudente y voluntariamente ajena a la cultura política mayoritaria de los españoles es la que debería cambiar para que el socialismo vuelva a ser un partido indispensable.

España inicia una nueva etapa. Todos lo hacemos. Y en ella habrá que buscar el mejor modo de seguir sirviendo al interés público. La tarea será enorme. Nadie duda ya de ello. Por nuestra parte, queremos que *Cuadernos de Pensamiento Político* continúe siendo una referencia fundamental en el panorama cultural español, que sufre también los efectos empobrecedores de la crisis. Cada vez son menos las empresas culturales que logran permanecer en pie en mitad de la tormenta económica y por ello es cada vez mayor la responsabilidad de quienes en cada número podemos continuar ofreciendo a la sociedad española la información y el sentido crítico que necesita para interpretar lo que ocurre en nuestra vida política y social. Así lo hacemos nuevamente en esta entrega, que incluye los siguientes estudios: “Generales 2011: el nuevo giro de España”, de Ricardo Montoro Romero; “Sostenibilidad del sistema fiscal español”, de Jorge Sainz, Ismael Sanz y José Félix Sanz; “La inocencia política”, de Mark Lilla; “La ‘primavera árabe’: ¿una primavera demográfica?”, de Rickard Sandell; “La deconstrucción de Oriente Medio”, de Shmuel Bar; “El nuevo laborismo de Blair y el populismo”, de Ángel Rivero; “El invierno demográfico europeo”, de Francisco José Contreras; “Alternativas para el futuro político y económico de Europa”, de William A. Niskanen (†), con introducción de Pedro Schwartz; “Carta a Rodríguez Zapatero. Las obsesiones privadas convertidas en prioridades de la República”, de Miquel Porta Perales; “La dimensión pública y colectiva de la libertad religiosa”, de Elena Otero-Novas Miranda; “Brasil: poder hegemónico o integrador”, de Hugo Carvajal; “Campaña electoral en 140 caracteres”, de Ana Collado, y la entrevista de Fernando de Haro a Enrique Krauze titulada “En América Latina la democracia ha tardado en aclimatarse”.

Las reseñas de este número de invierno son las siguientes: *Una historia patriótica de España* (José María Marco), por Miguel Ángel Quintanilla Navarro; *Lágrimas socialdemócratas* (Santiago González), por Pilar Marcos; *Del consenso constituyente al conflicto permanente* (Óscar Alzaga), por José J. Jiménez Sánchez; *Política exterior española: Un balance de futuro* (José María Beneyto y Juan Carlos Pereira, directores), por Javier Sota; *In My Time. A personal and political Memoir* (Dick Cheney) y *Known and Unknown. A Memoir* (Donald Rumsfeld), por Manuel Pastor; *La cólera de Aquiles* (Ismail Kadaré), por Leah Bonnin; *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República Española* (Fernando del Rey, director), por Jorge del Palacio, y *Vivir frente al terror. Memorias de Carlos Iturgáiz* (Chelo Aparicio), por Alfredo Crespo Alcázar.